



La Santa Sede

JUBILEO DEL APOSTOLADO DE LOS LAICOS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

*Domingo 26 de noviembre de 2000
Solemnidad de Cristo, Rey del universo*

1. *"Tú lo dices: soy Rey" (Jn 18, 37).*

Así respondió Jesús a Pilato en un dramático diálogo, que el evangelio nos hace escuchar nuevamente en la solemnidad de Cristo, Rey del universo. Esta fiesta, situada al final del año litúrgico, nos presenta a Jesús, Verbo eterno del Padre, como *principio y fin de toda la creación*, como Redentor del hombre y Señor de la historia. En la primera lectura el profeta Daniel afirma: "Su dominio es eterno y no pasa, su reino no tendrá fin" (*Dn 7, 14*).

¡Sí, Cristo, tú eres Rey! Tu realeza se manifiesta paradójicamente en la cruz, en la obediencia al designio del Padre, "que -como escribe el apóstol san Pablo- nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados" (*Col 1, 13-14*). Primogénito de los que resucitan de entre los muertos, tú, Jesús, eres *el Rey de la humanidad nueva*, a la que has restituido su dignidad originaria.

¡Tú eres Rey! Pero tu reino *no es de este mundo* (cf. *Jn 18, 36*); no es fruto de conquistas bélicas, de dominaciones políticas, de imperios económicos, de hegemonías culturales. Tu reino es un "reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz" (cf. *Prefacio de Jesucristo, Rey del universo*), que se manifestará en su plenitud al final de los tiempos, cuando Dios sea todo en todos (cf. *1 Co 15, 28*). La Iglesia, que ya en la tierra puede gustar las primicias del cumplimiento futuro, no deja de repetir: "¡Venga tu reino!", "Adveniat regnum tuum!" (*Mt 6, 10*).

2. ¡Venga tu reino! Así rezan, en todas las partes del mundo, los fieles que se reúnen hoy en torno a sus pastores para el *jubileo del apostolado de los laicos*. Y yo me uno con alegría a este coro universal de alabanza y oración, celebrando con vosotros, queridos fieles, la santa misa junto a la tumba del apóstol san Pedro.

Doy las gracias al cardenal James Francis Stafford, presidente del Consejo pontificio para los laicos, y a vuestros dos representantes, que al comienzo de la santa misa han interpretado los sentimientos de todos. Saludo a los venerados hermanos en el episcopado, así como a los sacerdotes, los religiosos y las religiosas presentes. En particular, extendiendo mi saludo a vosotros, hermanos y hermanas laicos, "christifideles laici", dedicados activamente a la causa del Evangelio: al contemplaros, pienso también en todos los miembros de comunidades, asociaciones y movimientos de acción apostólica; pienso en los padres y en las madres que, con generosidad y espíritu de sacrificio, cuidan la educación de sus hijos con la práctica de las virtudes humanas y cristianas; pienso en cuantos brindan a la evangelización la contribución de sus sufrimientos, aceptados y vividos en unión con Cristo.

3. Os saludo de modo especial a vosotros, queridos participantes en el *Congreso del laicado católico*, que se inserta muy bien en el ámbito del jubileo del apostolado de los laicos. Vuestro encuentro tiene como tema: "Testigos de Cristo en el nuevo milenio". Continúa la tradición de los congresos mundiales del apostolado de los laicos, que empezó hace cincuenta años bajo el impulso fecundo de la conciencia más viva que la Iglesia había adquirido tanto de su naturaleza de misterio de comunión como de su intrínseca responsabilidad misionera en el mundo.

En la maduración de esta conciencia, el *concilio ecuménico Vaticano II* marcó una etapa decisiva. Con el Concilio, en la Iglesia llegó verdaderamente *la hora del laicado*, y numerosos fieles laicos, hombres y mujeres, han comprendido con mayor claridad su vocación cristiana, que, *por su misma naturaleza, es vocación al apostolado* (cf. *Apostolicam actuositatem*, 2). Treinta y cinco años después de su conclusión, yo os digo: *es necesario volver al Concilio*. Hay que volver a leer los documentos del Vaticano II para redescubrir su gran riqueza de estímulos doctrinales y pastorales.

En particular, debéis releer esos documentos *vosotros, laicos*, a quienes el Concilio abrió extraordinarias perspectivas de participación y compromiso en la misión de la Iglesia. ¿No os recordó el Concilio vuestra participación en la función sacerdotal, profética y real de Cristo? Los padres conciliares os confiaron, de modo especial, la misión de "buscar el reino de Dios ocupándoos de las realidades temporales y ordenándolas según Dios" (cf. *Lumen gentium*, 31).

Desde entonces se ha producido *un gran florecimiento de asociaciones*, en el que, además de los grupos tradicionales, han surgido nuevos movimientos, asociaciones y comunidades (cf. *Christifideles laici*, 29). Amadísimos hermanos y hermanas, *vuestro apostolado hoy es más indispensable que nunca* para que el Evangelio sea luz, sal y levadura de una nueva humanidad.

4. Pero ¿qué implica esta misión? ¿Qué significa ser cristianos hoy, aquí y ahora?

Ser cristianos jamás ha sido fácil, y tampoco lo es hoy. Seguir a Cristo exige valentía para hacer opciones radicales, a menudo yendo contra corriente. "¡Nosotros somos Cristo!", exclamaba san Agustín. Los *mártires y los testigos de la fe de ayer y de hoy, entre los cuales se cuentan numerosos fieles laicos*, demuestran que, si es necesario, ni siquiera hay que dudar en dar la vida por Jesucristo.

A este propósito, el jubileo invita a todos a un serio examen de conciencia y a una continua renovación espiritual, para realizar una acción misionera cada vez más eficaz. Quisiera citar aquí las palabras que, hace ya veinticinco años, casi al término del Año santo de 1975, mi venerado predecesor, el Papa Pablo VI, escribió en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*: "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros (...), o si escucha a los maestros es porque son testigos" (n. 41).

Esas palabras tienen validez también hoy para una humanidad rica en potencialidades y expectativas, pero amenazada por múltiples insidias y peligros. Basta pensar, entre otras cosas, en las conquistas sociales y en la revolución en el campo genético; en el progreso económico y en el subdesarrollo existente en vastas áreas del planeta; en el drama del hambre en el mundo y en las dificultades existentes para tutelar la paz; en la extensa red de las comunicaciones y en los dramas de la soledad y de la violencia que registra la crónica diaria.

Amadísimos hermanos y hermanas, como testigos de Cristo, estáis llamados, especialmente vosotros, a *llevar la luz del Evangelio a los sectores vitales de la sociedad*. Estáis llamados a ser profetas de la esperanza cristiana y apóstoles de aquel "que es y era y viene, el Omnipotente" (Ap 1, 4).

5. "La santidad es el adorno de tu casa" (Sal 92, 5). Con estas palabras nos hemos dirigido a Dios en el Salmo responsorial. *La santidad* sigue siendo para los creyentes *el mayor desafío*. Debemos estar agradecidos al concilio Vaticano II, que nos recordó que *todos los cristianos están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad*.

Queridos hermanos, *no tengáis miedo de aceptar este desafío: ser hombres y mujeres santos*. No olvidéis que los frutos del apostolado dependen de la profundidad de la vida espiritual, de la intensidad de la oración, de una formación constante y de una adhesión sincera a las directrices de la Iglesia. Os repito hoy a vosotros lo que dije a los jóvenes durante la reciente Jornada mundial de la juventud: si sois lo que debéis ser, es decir, si vivís el cristianismo sin componendas, podréis incendiar el mundo.

Os esperan tareas y metas que pueden pareceros desproporcionadas a las fuerzas humanas. No os desaniméis. "El que comenzó entre vosotros la obra buena, la llevará adelante" (Flp 1, 6).

Mantened siempre fija la mirada en Jesús. *Haced de él el corazón del mundo.*

Y tú, María, Madre del Redentor, su primera y perfecta discípula, ayúdanos a ser sus testigos en el nuevo milenio. Haz que tu Hijo, Rey del universo y de la historia, reine en nuestra vida, en nuestras comunidades y en el mundo entero.

"¡Alabanza y honor a ti, oh Cristo!". Con tu cruz has redimido el mundo. Te encomendamos, al comienzo del nuevo milenio, nuestro compromiso de servir a este mundo que tú amas y que también nosotros amamos. Sostenenos con la fuerza de tu gracia. Amén.